

Escuchando las voces del cuerpo¹



ALICE BECKER LEWKOWICZ & SERGIO LEWKOWICZ²

A medida que aprendí a silenciar mis prejuicios, descubrí que podía reconocer la evidencia que estaba presente, en lugar de lamentarme por la que estaba ausente. Cuando mis oídos se acostumbraron al silencio, los pequeños sonidos se hicieron más fáciles de oír.

BION, 1977, p. 35

Wilfred Bion (1977), en su texto sobre la *Tabla*, al que también pertenece la cita del epígrafe, describe cómo se quedaba aguardando las palabras de un paciente tartamudo, angustiándose con su dificultad para articularlas, hasta que resolvió fijarse en el tartamudear mismo del paciente, percibiendo que este estaba comunicándose con él, pero de otra manera.

Pensamos que ese tipo de escucha propuesto por Bion y retomado por Ogden y Ferro, entre otros autores contemporáneos, permite buscar el discurso que está más allá de las palabras, lo que favorecerá la interacción emocional con el paciente, una mayor aprehensión de su realidad psíquica y el crecimiento emocional de la pareja analista-paciente.

Tenemos la impresión de que estamos viviendo un momento cultural en el que se retoma el uso del cuerpo como vehículo de comunicación y estructuración de la identidad de género. Quizás en un intento de encontrar algo sólido en una modernidad líquida (Bauman), se observa un gran

1 Trabajo presentado en el 47.º Congreso de la Asociación Psicoanalítica Internacional. México, 2011.

2 Miembros de la Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre. sergio.lewkowicz@gmail.com.uy

interés por el cuidado del cuerpo mediante las más variadas actividades físicas, dietas, cirugías estéticas, tatuajes e incluso dimorfismos.

Ponemos de relieve que la escucha de las voces del cuerpo, la polifonía inscrita en lo corporal, en el sentido descrito por Bajtin, abre una serie de posibilidades para oír al paciente, en el presente trabajo particularmente respecto a su género. Bajtin, crítico literario ruso del siglo xx, que se dedicó a la interpretación de textos literarios, concluyó que en todo discurso existe una polifonía vocal en acción, en acto, compuesta por muchas voces, muchos estilos. La unidad del texto es siempre el resultado de una fusión de diversas voces, más o menos integradas y articuladas en un género específico de discurso. El resultado de ese conflicto entre unidad y diversidad lleva a un ser heterogéneo que solo puede ser pensado en el diálogo con un otro. Esa dimensión de los relacionamientos interpersonales como esenciales en la formación del individuo aproxima a Bajtin al psicoanálisis. El concepto de polifonía de voces y la diversidad en la unidad surge como una mejor posibilidad de visualizar la complejidad psíquica del individuo (Bajtin, Amatti-Meller et al., 1990). Pensamos que esta aproximación es particularmente útil con relación a la identidad de género, una unidad que está compuesta por diversidades.

La constitución de una auténtica identidad de género es un proceso extremadamente complejo. Partiendo del cuerpo y pasando por las experiencias de diferenciación de la madre, se lograría diferenciar a los padres (masculino y femenino) y pasar a resignificar las vivencias personales en términos de masculino y femenino, lo que implica un largo trabajo de identificaciones y desidentificaciones.

Algunos autores psicoanalíticos vienen llamando la atención sobre los «discursos o teatros del cuerpo» (McDougall, 1989), como también sobre el desarmado del cuerpo en las relaciones virtuales (Moreno, 2002). Así, nos parece que el cuerpo muestra, y al mismo tiempo oculta, muchos significados. Eso nos pareció ricamente ejemplificado en el libro *El hombre ilustrado*, de Ray Bradbury (1951). El personaje principal tiene todo el cuerpo tatuado con dieciocho ilustraciones que cobran vida por la noche y cuentan sus historias a un narrador. Esas imágenes se transforman en los dieciocho cuentos del libro.

Dice el narrador del libro:

El hombre ilustrado volvió hacia mí la cabeza, mostrándome el pecho.

—¿Están todavía ahí? —me preguntó.

Durante unos instantes no respiré.

—Sí —dije—, están todavía ahí.

Las ilustraciones.

—Me cierro la camisa a causa de los niños —dijo el hombre abriendo los ojos—. Me siguen por el campo. Todo el mundo quiere ver las imágenes, y sin embargo nadie quiere verlas.

El hombre se sacó la camisa y la apretó entre las manos. Tenía el pecho cubierto de ilustraciones, desde el anillo azul, tatuado alrededor del cuello, hasta la línea de la cintura.

—Y así en todas partes —me dijo adivinándome el pensamiento—. Estoy totalmente tatuado. Mire.

Abrió la mano. En la mano se veía una rosa recién cortada, con unas gotas de agua cristalina entre los suaves pétalos rojizos. Extendí la mano para tocarla, pero era solo una ilustración.

En la perspectiva de un caso clínico:

Ana buscó tratamiento después de descubrir que su compañera estaba intercambiando e-mails con otras mujeres. Tuvieron una fuerte discusión y quedó insegura sobre cómo debería actuar. Están juntas desde hace más de cinco años, y no es común que haya peleas o celos entre ellas. Sin embargo, tras ver los e-mails quedó muy indignada e insegura. Claudia, la compañera, explicó que eran solamente contactos virtuales y ocasionales que no significaban una traición, y que Ana estaba haciendo mucho «drama». La paciente comenzó a sentir náuseas y dolores abdominales y terminó por ser orientada hacia la consulta por sus amigas.

Ana tenía treinta y seis años de edad y su apariencia me llamó la atención. Es una mujer bonita, de ojos azules y rasgos delicados, es delgada y se viste con ropas deportivas y joviales. Como era verano, sus ropas, cortas y livianas, dejaban al descubierto brazos, piernas y pies. Fui observando que tenía tatuajes en las muñecas, en los dedos de manos y pies, que parecían joyas o adornos. Eran como anillos y pulseras en los brazos y pies, pero

eran tatuados. Además, usaba una parte del pelo muy corta, con un trecho rapado, y otra parte larga. La parte corta era rubia y la parte larga, teñida, en el inicio era más roja, pelirroja, pero el color fue cambiando a lo largo del tratamiento. Su manera de caminar también transmitía extrañeza, pues a pesar de una postura masculina, presentaba movimientos delicadamente femeninos. En este primer contacto con Ana, me intrigaron los adornos, que traté de aclarar si eran joyas o tatuajes; capturado, dediqué bastante tiempo a observar esas marcas en su cuerpo.

Me contó que la relación con su compañera era muy buena y que tenían una vida muy estable y casera. Me explicó que se casó a los veintitrés años de edad, con su primer novio, pero que a lo largo del matrimonio, que duró cuatro años, fue desinteresándose del marido y fue observando que sentía más atracción por mujeres que por hombres. Terminó por separarse y luego inició una relación con una mujer que vivía en Río de Janeiro. Así, a veces se encontraban aquí (Porto Alegre), otras en Río. Después de tres años, la compañera le dijo que estaba enamorada de otra y la dejó. Quedó muy deprimida, pensó en suicidarse y realizó un tratamiento psiquiátrico, que incluyó el uso de antidepresivos. Describió que no sintió nada así cuando se separó del marido, quizá porque había sido iniciativa suya.

Ana es la mayor de dos hermanas. Su madre tiene una red de tiendas de ropa femenina. Dos son de ropa y una de ropa interior. Describe a la madre como una persona muy fuerte, autoritaria y que siempre la trató como tonta e irresponsable. Cree que eso se debió a sus dificultades escolares, pues no le interesaban mucho los estudios. El padre es funcionario de una gran empresa, tiene un sueldo bajo y es muy criticado por la madre. Ana, a su vez, tiene una tienda de productos de belleza, incluso perfumes, jabones, aceites y cremas.

Cuenta que siempre tuvo dificultades para separarse de la madre, recuerda su sufrimiento para adaptarse en la escuela, pues creía que la madre no iría buscarla. Durante toda su niñez tuvo miedo de que la madre muriera y quedara desamparada. Su hermana es cinco años menor que ella y trabaja en las tiendas de la madre.

Ana siempre se sintió muy alejada de la madre. La madre, a su vez, una persona muy ocupada, una empresaria exitosa, sin tiempo para las hijas y muy exigente y crítica con todos, se justificaba diciendo que es de origen

alemán y que los hijos tienen que ser educados con mucha disciplina, «como los militares».

Durante la adolescencia no salía mucho de casa, prefería quedarse mirando televisión. Nunca tuvo un novio fijo, solamente unos *flirts* con muchachos, y una vez salió con un hombre mayor con quien perdió la virginidad.

Se casó luego con el primer novio, y a sus padres les gustaba mucho esa relación, pues el muchacho además de rico era muy gentil con todos. Durante el matrimonio experimentó drogas con el marido, principalmente marihuana y cocaína. No tenía relaciones sexuales frecuentes, el marido viajaba mucho y ella se quedaba y salía con sus amigas, algunas de ellas homosexuales. Comenzó a notar una fuerte atracción por las mujeres y terminó asumiendo su homosexualidad. En el comienzo, los padres se sintieron muy conmocionados tanto por su separación como por su homosexualidad, pero terminaron por aceptar ambas circunstancias.

Durante el matrimonio comenzó a preocuparse por su cuerpo. Frequentaba gimnasios prácticamente todos los días. Además, corría en días alternados. Cuidaba mucho su peso y cuando engordaba hacía dietas muy radicales.

Después de la separación siguió con esos cuidados del cuerpo, y con Claudia empezó a practicar vela. A ambas les gusta mucho el deporte y viajan para practicarlo. Claudia es unos diez años mayor y es una profesional liberal exitosa. Ambas dividen los gastos y compran bienes a nombre de las dos. Están jurídicamente regladas por un documento de unión estable. Ana quiere casarse, pues esto ya es posible en Brasil, pero Claudia no está de acuerdo. Las relaciones sexuales son descritas como satisfactorias, pero no son frecuentes. Describe: «son distintas de lo que son con hombres, son más delicadas y sensibles, siempre hay un romanticismo que con los hombres no pasa. Los hombres son mucho al pan, pan y al vino, vino, no hay esos detalles que me gustan con las mujeres».

Ana muestra en sus tatuajes objetos particularmente femeninos como joyas, pulseras y adornos. Sin embargo, esos objetos son imágenes que están marcadas en el cuerpo. Eso parece mostrar una búsqueda de una identidad femenina. La madre viste y adorna a mujeres, y Ana se adorna como mujer, pero no se siente segura de poder mantener el interés de la compañera.

¿Cómo escuchar las varias voces que hablan a través del cuerpo de Ana? Cuando el analista conoce a Ana queda intrigado y desea «aclarar» si las joyas son verdaderas o tatuadas. ¿Por qué los tatuajes no serían verdaderos? ¿Cuál es la verdad de Ana? Entre los olores que Ana vende, ¿cuál sería el suyo propio? ¿Los contactos «virtuales» de su compañera con otras mujeres no deberían tener el significado de verdaderas traiciones?

Desde nuestra mirada, el impacto promovido por la ambigüedad de las manifestaciones corporales de género de Ana debe ser acogido y tolerado. Solamente así esas voces podrán hacerse audibles y quizás transformarse en cuentos que pueden ser compartidos entre ella y el narrador-analista. Clasificarlas en nuestros parámetros habituales de masculino y femenino sería repetir la lengua materna entendida por Ana como una lengua de alejamiento y disciplina.

El cuerpo para Ana parece ser el escenario donde intenta expresarse como sujeto. Con la eclosión de la pubertad, pasó a frecuentar gimnasios y a correr. Presentó por algunos años episodios de bulimia y también tuvo anorexia. Cuando se separó del marido pasó a tatuarse. Cuando Ana llega en busca del tratamiento actual, transmite el dolor por la «traición» de la compañera a partir de náuseas y dolores abdominales. Nuevamente, el malestar provocado por la amenaza al vínculo se revela en el cuerpo.

En el final del libro de Bradbury, el narrador se reconoce como personaje del último tatuaje y, cuando ve que al hombre ilustrado lo están estrangulando, huye desesperado. A diferencia del narrador del libro, se espera que el analista pueda tolerar las amenazas a su propia identidad al sostener la ambigüedad provocada por las diferentes voces de la sexualidad presentes en el campo analítico. En el transcurso del tratamiento, Ana dejó en la sala de espera del analista un perfume ambiente; deseaba dejar el aire «más perfumado». Así, escenifica en la relación analítica el drama de una madre y una hija envueltas en perfumes y ropas femeninas intentando dar cuenta de una identidad cuya *rêverie* parece haber sido insuficiente.

Pensamos, con Bion (1977), que tenemos que perfeccionar nuestra escucha, reconociendo nuestros prejuicios, para poder percibir la polifonía de voces presentes en el campo. Solamente de esta forma podremos oír los «pequeños ruidos», particularmente la ambigüedad y la complejidad presentes en el cuerpo.

Así, dejamos de preocuparnos por si las joyas de Ana son verdaderas o falsas y pasamos a escuchar las historias de esas imágenes en la búsqueda de sentido y de reconocimiento. ♦

RESUMEN

A partir del caso de una paciente que presenta el cuerpo tatuado con imágenes de joyas, los autores tejen consideraciones respecto de la «polifonía de voces» (Bajtín) que pueden estar presentes en el cuerpo. Basándose en el libro *El hombre ilustrado*, de Ray Bradbury, buscan comprender los tatuajes como comunicaciones de las diferentes voces de la sexualidad de la paciente y la dificultad para escucharlas.

Descriptores: CUERPO / IDENTIDAD DE GÉNERO / TATUAJE / ESCUCHA / MATERIAL CLÍNICO /

SUMMARY

Departing from the case of a patient who has the body tattooed with jewels, the authors try to describe the «voices polyphony» (Bakhtin) that might be present within the body. Using Ray Bradbury's *The illustrated man* the authors try to understand the tattoos as communications of the different voices of the patient's sexuality and the difficulty to listen to them.

Keywords: BODY / GENDER IDENTITY / TATTOO / ANALYTIC LISTENING / CLINICAL MATERIAL /

BIBLIOGRAFÍA

AMATI-MEHLER, J., S. ARGENTIERI, J. CANESTRI (1990). *A Babel do inconsciente*. Río de Janeiro: Imago, 2005.

BION, W. (1977). *La tabla y la censura*. Buenos Aires: Gedisa, 1982.

BRADBURY, R. (1951). *El hombre ilustrado*. Buenos Aires: Minotauro, 1955 (ed. digital 2002).

McDOUGALL, J. (1989). *Teatros do corpo*. San Pablo: Martins Fontes, 1996.

MORENO, J. (2002). *Ser humano: La inconsistencia, los vínculos, la crianza*. Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2002.